



## IDENTIFICACIÓN CON CRISTO

1. Seguimiento, imitación, identificación. 2. Claves de fondo. 3. Contenidos de la identificación.

La fórmula “identificarse con Cristo” y la derivada, “identificación con Cristo”, son utilizadas de manera habitual por san Josemaría como expresión del genuino horizonte de la existencia cristiana. Consiste esa vida, en efecto –esa es su grandeza y su misterio–, en un progresivo crecimiento del bautizado, a través de la gracia y de la propia correspondencia, en la conformación, sobrenaturalmente incoada en el Bautismo (cfr. Rm 8, 29), con el Hijo de Dios hecho Hombre, Redentor de los hombres. La reiterada presencia de tales fórmulas en los escritos de san Josemaría es un signo indicativo del arraigo de la correspondiente noción en su pensamiento teológico-espiritual. La identificación con Cristo constituye indudablemente para nuestro Autor la meta y la sustancia del ser cristiano, y también, por tanto, la razón misma de la lucha por la santidad. Y todo ello (identificación, meta, sustancia, santidad, lucha) contemplado, bajo la luz peculiar del espíritu del Opus Dei, en el escenario de la vida cotidiana y del trabajo ordinario del “cristiano corriente”.

### 1. Seguimiento, imitación, identificación

Con la tradición espiritual de la Iglesia, san Josemaría enseña que la específica

vía de desarrollo de la vida cristiana está constituida en unidad por el seguimiento y la imitación de Cristo. Los textos en que menciona dichas nociones, juntas o separadamente, son abundantes. Los contenidos de ambas tienden a unirse, o por así decir, a fusionarse, alcanzando al mismo tiempo plenitud de significado, en la noción de identificación con Cristo. Ésta –siempre informada por las luces de fondo del espíritu fundacional: santidad, trabajo y deberes ordinarios, misión apostólica– es la que ocupa el lugar de privilegio en su enseñanza sobre la vida cristiana.

En tal noción encuentran fundamento y acomodo teológico-espiritual otras fórmulas conceptuales, de las que san Josemaría hace uso muy frecuente para denominar y definir al fiel cristiano, como son las de *alter Christus* (otro Cristo) e *ipse Christus* (el mismo Cristo). De su experiencia espiritual brota esta consideración: “La vida de Jesucristo, si le somos fieles, se repite en la de cada uno de nosotros de algún modo, tanto en su proceso interno –en la santificación– como en la conducta externa” (F, 418). Y de ahí su afirmación de que: “En la vida espiritual no hay una nueva época a la que llegar. Ya está todo dado en Cristo, que murió, y resucitó, y vive y permanece siempre. Pero hay que unirse a Él por la fe, dejando que su vida se manifieste en nosotros, de manera que pueda decirse que cada cristiano es no ya

*alter Christus*, sino *ipse Christus*, ¡el mismo Cristo!” (ECP, 104).

Si la primera de esas fórmulas, *alter Christus* –presente también en la tradición doctrinal y espiritual de la Iglesia–, alude a la configuración bautismal del cristiano con Cristo (pues cada bautizado es ontológicamente semejante a Cristo), la segunda, *ipse Christus*, que es propia de san Josemaría, indica más bien el fruto del crecimiento en dicha configuración como efecto de la conjunción entre gracia y correspondencia a la gracia, así como de la eficacia apostólica que conlleva. El *alter Christus* (es decir, el fiel cristiano en toda la extensión del término: laico o ministro, varón o mujer), que libremente coopera con la acción del Espíritu Santo en su alma y responde a la misión apostólica recibida, es ya no sólo ontológicamente otro Cristo, sino que lo es también operativamente y, sobre todo, eficazmente. La imagen de Cristo en él va siendo cada vez más semejante al Modelo, tanto en el ser como en el obrar, con la correspondiente eficacia en el orden de la salvación. Espiritualmente, por su progresiva identificación ontológica y operativa con el Hijo de Dios, es cada vez en mayor medida *ipse Christus*, el mismo Cristo: Cristo obra eficazmente a través del testimonio, de la palabra, de la acción apostólica de quien es imagen suya. Volveremos a estas ideas en los apartados sucesivos.

En los escritos de san Josemaría, la noción que estudiamos aparece bajo distintas formulaciones: identificación, identificarse, identificado..., con Cristo. Aunque citaremos en las páginas sucesivas distintos párrafos, a efectos históricos es particularmente interesante su presencia en el punto 947 de *Camino*, que dice así: “Te pasmaba que aprobara la falta de «uniformidad» en ese apostolado donde tú trabajas. Y te dije: Unidad y variedad. –Habéis de ser tan varios, como variados son los santos del cielo, que cada uno tiene sus notas personales especialísimas. –Y, tam-

bién, tan conformes unos con otros como los santos, que no serían santos si cada uno de ellos no se hubiera identificado con Cristo”.

Ese texto, en el que san Josemaría establece la sinonimia entre «ser santo» y «haberse identificado con Cristo», procede a su vez –como se muestra en CECH, p. 1008– de un pasaje de sus *Apuntes íntimos*, fechado el 24 de diciembre de 1931. El dato es importante al menos por dos razones: a) por la profundidad teológica de tal sinonimia que, expresada con tales términos, no es nada habitual en la literatura espiritual del primer tercio del siglo XX; y b) porque permite comprender, precisamente por remontarse a época tan temprana, que san Josemaría, ya desde los comienzos de su misión fundacional, comprendía el significado teológico de la santidad cristiana en clave de “identificación con Cristo”. Así lo seguirá formulando ya siempre en sus escritos (cfr., por ejemplo, CONV, 70, 72, 91; ECP, 106, 110 y tantos más).

¿Cómo había llegado san Josemaría a establecer y formular así una correlación entre santidad e identificación con Cristo, insólita en los años treinta? No podemos dar razones categóricas, pero cabe pensar que tras esta correlación, contando también con el auxilio de específicas luces carismáticas, se esconde una meditada lectura de la doctrina paulina –sobre todo en Romanos, Efesios y Gálatas– acerca de la elección de los cristianos en Cristo para ser santos y del don de la adopción filial. Así parecen darlo a entender, por ejemplo, unas palabras que pronunciaba san Josemaría en 1963, en las que se puede constatar que la santidad filial y heroica a la que era llamado es entendida por él como identificación amorosa con Cristo en la Cruz. Dicen así:

“Cuando el Señor me daba aquellos golpes, por el año treinta y uno, yo no lo entendía. Y de pronto, en medio de aquella amargura tan grande, esas palabras: tú eres mi hijo (Sal 2, 7), tú eres Cristo. Y yo

sólo sabía repetir: Abba, Pater!; Abba, Pater!; Abba!, Abba!, Abba! Ahora lo veo con una luz nueva, como un nuevo descubrimiento: como se ve, al pasar los años, la mano del Señor, de la Sabiduría divina, del Todopoderoso. Tú has hecho, Señor, que yo entendiera que tener la Cruz es encontrar la felicidad, la alegría. Y la razón –lo veo con más claridad que nunca– es ésta: tener la Cruz es identificarse con Cristo, es ser Cristo, y, por eso, ser hijo de Dios. (...) ¡La Cruz: allí está Cristo, y tú has de perderte en Él! No habrá más dolores, no habrá más fatigas. No has de decir: Señor, que no puedo más, que soy un desgraciado... ¡No!, ¡no es verdad! En la Cruz serás Cristo, y te sentirás hijo de Dios, y exclamarás: Abba, Pater!, ¡qué alegría encontrarte, Señor!” (citado en ARANDA, 2001, pp. 16 y 249).

Querer identificarse con Cristo significa desear la plena unión espiritual con Él: con su voluntad, con su entrega, con su Cruz. Es fruto y manifestación del amor. “El amor busca la unión, identificarse con la persona amada: y, al unirnos a Cristo, nos atraerá el ansia de secundar su vida de entrega, de amor inmensurable, de sacrificio hasta la muerte” (AD, 236). La identificación con Cristo de la que habla san Josemaría –imperfecta en esta vida, y abierta a un crecimiento que sólo alcanzará su plenitud en el cielo–, podría ser expresada como la progresiva realización del vivir del cristiano en Cristo así como Cristo vive en él (cfr. Ga 2, 20).

En ese sentido, si llamamos “personalidad” al conjunto de elementos en cuya unidad se refleja de algún modo lo más íntimo e incommunicable de cada persona, las dos frases de san Josemaría que a continuación reproducimos ayudan a entender la hondura en su pensamiento de la noción que estudiamos: “Debes tener personalidad, pero la tuya ha de procurar identificarse con Cristo” (F, 468). “Señor (...) haz que el fundamento de mi personalidad sea la identificación contigo” (ECP, 31).

## 2. Claves de fondo

La captación de las claves teológicas y espirituales de la identificación con Cristo en la enseñanza de san Josemaría, debe ser realizada profundizando en su doctrina sobre el cristiano como *alter Christus*, *ipse Christus*. Ése es su contexto propio, y en él deben ser halladas y meditadas. A continuación exponemos los aspectos fundamentales, a nuestro juicio, de esta cuestión.

El fiel cristiano, merced a los dones bautismales, está ontológicamente capacitado para ser otro Cristo, y llamado también a serlo voluntariamente, cooperando con la gracia. Ha recibido una configuración sobrenatural con el Hijo de Dios hecho hombre (es imagen suya), en la que ha de seguir creciendo a lo largo de la vida (creciendo en la semejanza), uniéndose cada vez más a Cristo, bajo la guía del Espíritu Santo, por el amor, y ejercitándose en el cumplimiento de la propia misión apostólica. Asimilado así al Redentor, participa también –por el dinamismo de la gracia– de su eficacia salvífica: Cristo, presente en su imagen por la gracia –presente en el *alter Christus*–, obra no sólo en él por medio del Espíritu Santo, sino también con él y a través de él. El *alter Christus*, en virtud de tal asimilación y participación, en la que ha de seguir creciendo por la gracia y por sus obras, puede ser denominado también *ipse Christus*, el mismo Cristo. Lo es en verdad, participadamente, en cuanto imagen suya, en la que el Hijo de Dios está presente y a través de la cual sigue de algún modo “pasando” entre los hombres con su eficacia salvífica. San Josemaría gusta de contemplar ese “pasar” salvífico de Cristo por medio de los cristianos, que, unidos a Él por el amor, hacen presente en el aquí y ahora de la historia, mediante su quehacer ordinario santificado y su sentido apostólico de misión, la eficacia de la salvación. “La vida corriente y ordinaria no es cosa de poco valor: todos los caminos de la tierra pueden ser ocasión de un encuen-

tro con Cristo, que nos llama a identificarnos con Él, para realizar –en el lugar donde estamos– su misión divina” (ECP, 110).

La doctrina espiritual de san Josemaría, intensamente cristocéntrica, tiene un firme fundamento teológico en la inseparable unidad en Cristo entre persona y misión. Como se lee en una de sus obras: “No es posible separar en Cristo su ser de Dios-Hombre y su función de Redentor. El Verbo se hizo carne y vino a la tierra *ut omnes homines salvi fiant* (cfr. 1 Tm 2, 4), para salvar a todos los hombres. Con nuestras miserias y limitaciones personales, somos otros Cristos, el mismo Cristo, llamados también a servir a todos los hombres” (ECP, 106). Una formulación semejante se encuentra en estas palabras: “No cabe dissociar la vida interior y el apostolado, como no es posible separar en Cristo su ser de Dios-Hombre y su función de Redentor” (ECP, 122). El importante principio cristológico aquí invocado, y las consecuencias espirituales que de él se derivan, brotan de las raíces más profundas del Nuevo Testamento, y están presente con una u otra formulación en toda la tradición teológica y espiritual. Estamos ante un importante principio cristológico, con numerosas consecuencias espirituales y apostólicas.

La inseparabilidad en Cristo entre ser y función, o entre persona y misión, constituye en el pensamiento de san Josemaría una honda convicción doctrinal y es, al mismo tiempo, un principio fundante –cabría incluso llamarlo estructural– de su contemplación del misterio de Cristo. El fundamento revelado es paulino y joánico: el Hijo de Dios se ha hecho hombre para redimir a los hombres (para liberarlos del pecado, elevarlos a la condición de hijos del Padre), y los ha redimido porque es el Hijo de Dios hecho hombre. Ser y función (persona y misión) forman en Cristo una unidad inseparable, y como tal ha de ser considerada en sí misma y, participadamente, en el cristiano, *alter Christus, ipse Christus*, llamado como el Maestro a entregarse al servicio de la redención de los

hombres. Diciéndolo con otras palabras, la vida del cristiano en Cristo tiene siempre para san Josemaría un significado apostólico último: continuar la misión redentora del Verbo Encarnado. “Abrazar la fe cristiana es comprometerse a continuar entre las criaturas la misión de Jesús. Hemos de ser, cada uno de nosotros, *alter Christus, ipse Christus*, otro Cristo, el mismo Cristo. Sólo así podremos emprender esa empresa grande, inmensa, interminable: santificar desde dentro todas las estructuras temporales, llevando allí el fermento de la Redención” (ECP, 183).

Desde esa perspectiva, la noción de identificación con Cristo encierra, no separadamente sino en indivisible unidad, dos claves teológicas de fondo, pues es, al mismo tiempo, semejanza participada en la filiación de Cristo (el cristiano es, por la gracia, hijo en el Hijo) y semejanza participada en la misión de Cristo y en su eficacia salvífica (el cristiano es por la gracia, y está llamado a ser por la propia correspondencia, “redentor en el Redentor”). Es importante destacar este segundo aspecto, a veces algo relegado en la reflexión teológica y también quizás en la formación de la conciencia cristiana. No así en la enseñanza de san Josemaría. Él lo expresa, por ejemplo, en no pocas ocasiones, por medio del término y la noción de “corredención”, que tiene en gran aprecio. He aquí un ejemplo: “La gran misión que recibimos, en el Bautismo, es la corredención. Nos urge la caridad de Cristo (cfr. 2 Co 5, 14), para tomar sobre nuestros hombros una parte de esa tarea divina de rescatar las almas. Mirad: la Redención, que quedó consumada cuando Jesús murió en la vergüenza y en la gloria de la Cruz, escándalo para los judíos, necedad para los gentiles (1 Co 1, 23), por voluntad de Dios continuará haciéndose hasta que llegue la hora del Señor. (...) De ahí el deseo vehemente de considerarnos corredentores con Cristo, de salvar con Él a todas las almas, porque somos, queremos ser *ipse Christus*, el mismo Jesucristo, y Él se dio a

sí mismo en rescate por todos (1 Tm 2, 6)” (ECP, 120-121).

### 3. Contenidos de la identificación

Antes de considerar más de cerca los contenidos característicos de la noción de identificación con Cristo en los escritos de san Josemaría, deben hacerse dos advertencias:

- Los contextos en que la noción es contemplada son de carácter espiritual o pastoral, es decir, de índole práctica: de vida cristiana vivida.
- El sujeto con el que habitualmente dialoga el Autor en esos contextos, exhortándole a identificarse con Cristo, es el “cristiano corriente”, expresión que alude en sus textos al ciudadano cristiano, inserto como uno más en la normalidad de la vida ordinaria y del trabajo profesional, pero personalmente comprometido con las exigencias de la fe, como fiel discípulo del Maestro e hijo de la Iglesia.

Los contenidos que estudiamos pueden ser compendiados en estos cinco apartados. La identificación con Cristo: a) es meta y perfección del seguimiento-imitación propio del cristiano; b) es sinónimo de santidad y camino de santificación; c) requiere trato personal con Él: vida interior; d) es inseparable de la referencia a la Cruz; e) es condición para ser instrumento eficaz al servicio de la Redención.

- a) *La identificación con Cristo, meta y perfección del seguimiento-imitación propio del cristiano*

La vida cristiana, entendida como el vivir en Cristo del cristiano corriente, es concebida en los textos de san Josemaría no como algo separado o diverso del ordinario vivir –pues “vivir en cristiano no es dejar de ser hombres” (AD, 75)–, sino como su realización en el plano de la fe: siendo uno más entre los otros pero con la cabeza y el corazón puestos en el ejem-

plo de Cristo, esforzándose en seguirlo de cerca, “con el empeño diario de imitarle a Él” (*ibidem*).

En el lenguaje teológico-espiritual es común denominar con los términos seguimiento e imitación (de Cristo) la vía práctica de desarrollo de la auténtica existencia cristiana. Ambas nociones proceden directamente del Nuevo Testamento (cfr., por ejemplo, ARANDA, 2001, pp. 158-159). Seguir a Cristo significa ser discípulo suyo, creer en Él, participar de su destino, estar vinculado a su persona y a su mensaje, lo que se traduce en unas actitudes morales precisas. Imitar a Cristo significa imitar su amor, su entrega, su ejemplo, llegar a tener sus mismos sentimientos.

San Josemaría hace también amplio uso de esas nociones tradicionales, acentuándolas al mismo tiempo con matices propios. En sus textos, esencialmente dirigidos al cristiano corriente, tales nociones adquieren una tonalidad singular en cuanto matizadas por el estatuto teológico y existencial de dicho sujeto. Así, el seguimiento de Cristo (de sus huellas, de sus pasos, de sus pisadas, etc.), es considerado sobre todo en cuanto realizado en la vida ordinaria, en medio del mundo, en el propio ambiente profesional, etc. De modo semejante, la imitación de Cristo (de su conducta, de su caridad, desprendimiento, humildad, etc.), se ve matizada como imitación en particular de su vida cotidiana, de su trabajo diario, etc.

He aquí, como ejemplo, un texto característico: “Desde 1928 comprendí con claridad que Dios desea que los cristianos tomen ejemplo de toda la vida del Señor. Entendí especialmente su vida escondida, su vida de trabajo corriente en medio de los hombres: el Señor quiere que muchas almas encuentren su camino en los años de vida callada y sin brillo (...). Sueño –y el sueño se ha hecho realidad– con muchedumbres de hijos de Dios, santificándose en su vida de ciudadanos corrientes, compartiendo afanes, ilusiones y esfuerzos

con las demás criaturas. Necesito gritarles esta verdad divina: si permanecéis en medio del mundo, no es porque Dios se haya olvidado de vosotros, no es porque el Señor no os haya llamado. Os ha invitado a que continuéis en las actividades y en las ansiedades de la tierra, porque os ha hecho saber que vuestra vocación humana, vuestra profesión, vuestras cualidades, no sólo no son ajenas a sus designios divinos, sino que Él las ha santificado como ofrenda gratísima al Padre” (ECP, 20).

El tema exigiría mayor atención (cfr. ARANDA, 2001, pp. 161-178). Pero lo que ahora interesa señalar, sobre todo, es que el seguimiento-imitación de Cristo por parte del cristiano corriente, que es *alter Christus, ipse Christus*, tiende por su propia naturaleza a la identificación con Cristo. En la enseñanza de san Josemaría, las dos primeras nociones desembocan directamente en la tercera. Sus frecuentes exhortaciones a seguir a Jesús (cfr., por ejemplo, S, 728); a obrar como Él obró (cfr., por ejemplo, ECP, 106), a revestirse de Él (cfr., por ejemplo, F, 155), etc., son en realidad exhortaciones –como puede comprobarse en los pasajes citados– a identificarse con Él, que es el objetivo a alcanzar (“¡Cuándo te propondrás de una vez identificarte con ese Cristo que es Vida!”: F, 818).

Para ayudar a captar la hondura cristológica de la noción de identificación con Cristo, así como su centralidad en el pensamiento de san Josemaría, podrían aportarse numerosos textos, pero nos basta con fijar la atención en los dos que transcribimos a continuación, que, por su propia elocuencia, no tienen necesidad de comentario. Ambos hablan de seguimiento y de imitación, pero sobre todo hablan de identificación, y más aún –se refieren a la existencia del cristiano *alter Christus, ipse Christus*– de sus importantes consecuencias apostólicas:

- “Hemos de aprender de Él, de Jesús, nuestro único modelo. Si quieres ir adelante previniendo tropiezos y extravíos, no tienes más que andar por

donde Él anduvo, apoyar tus plantas sobre la impronta de sus pisadas, adentrarte en su Corazón humilde y paciente, beber del manantial de sus mandatos y afectos; en una palabra, has de identificarte con Jesucristo, has de procurar convertirte de verdad en otro Cristo entre tus hermanos los hombres” (AD, 128).

- “Seguir a Cristo: éste es el secreto. Acompañarle tan de cerca, que vivamos con Él, como aquellos primeros doce; tan de cerca, que con Él nos identifiquemos. No tardaremos en afirmar, cuando no hayamos puesto obstáculos a la gracia, que nos hemos revestido de Nuestro Señor Jesucristo (cfr. Rm 13, 14). Se refleja el Señor en nuestra conducta, como en un espejo. Si el espejo es como debe ser, recogerá el semblante amabilísimo de nuestro Salvador sin desfigurarle, sin caricaturas: y los demás tendrán la posibilidad de admirarlo, de seguirlo” (AD, 299).

Este último pasaje, tomado de *Amigos de Dios*, va seguido de otras palabras de san Josemaría en las que se ofrecen pistas para seguir ahondando en las dimensiones espirituales de la noción que estudiamos. Queda aquí simplemente recogido, aunque merecería un apartado propio: “En este esfuerzo por identificarse con Cristo, he distinguido como cuatro escalones: buscarle, encontrarle, tratarle, amarle. Quizá comprendéis que estáis como en la primera etapa. Buscadlo con hambre, buscadlo en vosotros mismos con todas vuestras fuerzas. Si obráis con este empeño, me atrevo a garantizar que ya lo habéis encontrado, y que habéis comenzado a tratarlo y a amarlo, y a tener vuestra conversación en los cielos (cfr. Flp 3, 20)” (AD, 300).

#### b) *La identificación con Cristo, sinónimo de santidad y vía de santificación*

En continuidad con el apartado anterior, traemos a colación algunos de los pasajes en los que san Josemaría equipara “santidad” e “identificación con Cristo”. La

equivalencia de ambas nociones en cuanto su significado último es evidente, pues son expresión de una misma realidad: la perfección de la vida cristiana, entendida ésta como el proceso de crecimiento del cristiano en la semejanza con Cristo a lo largo de su existencia. En ese sentido, cabe decir que “identificación con Cristo” es sinónimo de santidad en plenitud de significado, esto es, *in facto esse*, y es también sinónimo de santificación o santidad *in fieri*, es decir, en cuanto proceso de asimilación al Modelo del Hijo de Dios.

En unas palabras de *Camino*, antes citadas, que recogen un pensamiento escrito por san Josemaría en 1931, se lee: “—Habéis de ser tan varios, como variados son los santos del cielo, que cada uno tiene sus notas personales especialísimas. —Y, también, tan conformes unos con otros como los santos, que no serían santos si cada uno de ellos no se hubiera identificado con Cristo” (C, 947, el subrayado es nuestro). En la idea contenida en esa frase se entrelazan dos dimensiones o momentos internos: los santos han alcanzado en el cielo la plenitud de la identificación con Cristo, después de haber luchado en la tierra por crecer en esa identificación. O dicho de otro modo, la plenitud de la identificación escatológica (santidad en el cielo) se alcanza a través del creciente proceso de identificación en la tierra (proceso de santificación o de lucha por la santidad).

La idea que conviene retener es que la santidad, contemplada bien en la perfección de su estadio final o bien todavía en su ir realizándose, es sencillamente descrita por san Josemaría como identificación con Cristo. En el primer caso, como punto de llegada definitivo e irreversible; en el segundo, como camino por recorrer, iluminado ya por la luz de la meta final. Este segundo es el terreno en el que se sitúan los tres pasajes que transcribimos (con subrayados nuestros) a continuación.

El primero, perteneciente a una homilía sobre la conversión y la lucha por la santidad, expone con gran claridad lo que

acabamos de señalar: “No es posible quedarse inmóviles. Es necesario ir adelante hacia la meta que San Pablo señalaba: «no soy yo el que vivo, sino que Cristo vive en mí» (Ga 2, 20). La ambición es alta y nobilísima: la identificación con Cristo, la santidad. Pero no hay otro camino, si se desea ser coherente con la vida divina que, por el Bautismo, Dios ha hecho nacer en nuestras almas. El avance es progreso en santidad; el retroceso es negarse al desarrollo normal de la vida cristiana” (ECP, 58).

El segundo, incluido en un texto sobre el matrimonio como vocación a la santidad, subraya la misma idea: la vía de la santidad, también en el estado matrimonial, es la de la identificación con Cristo. “El matrimonio está hecho para que los que lo contraen se santifiquen en él, y santifiquen a través de él: para eso los cónyuges tienen una gracia especial, que confiere el sacramento instituido por Jesucristo. Quien es llamado al estado matrimonial, encuentra en ese estado —con la gracia de Dios— todo lo necesario para ser santo, para identificarse cada día más con Jesucristo, y para llevar hacia el Señor a las personas con las que convive” (CONV, 91).

El tercer pasaje, en fin, señala la misma doctrina general, destacando matices propios de la santificación según el espíritu del Opus Dei: “Quienes quieren vivir con perfección su fe y practicar el apostolado según el espíritu del Opus Dei, deben santificarse con la profesión, santificar la profesión y santificar a los demás con la profesión. Viviendo así, sin distinguirse por tanto de los otros ciudadanos, iguales a ellos, que con ellos trabajan, se esfuerzan por identificarse con Cristo, imitando sus treinta años de trabajo en el taller de Nazaret” (CONV, 70).

c) *La identificación con Cristo requiere trato personal con Él: vida interior*

El enunciado de ese título está directamente inspirado en una sencilla y exacta descripción que hace san Josemaría de la vida interior: “La vida interior no es otra

cosa que el trato asiduo e íntimo con Cristo, para identificarnos con Él” (ECP, 56). Es decir, para identificarse con Él es preciso tener trato habitual con Él: vida interior. Ahora bien, “la vida interior supone crecimiento en la unión con Cristo, por el Pan y la Palabra” (ECP, 122).

La correlación establecida por esos dos textos es muy clara: para identificarse con Cristo es preciso tratarle asiduamente, uniéndose a Él en la Eucaristía y en la oración. He aquí un nuevo pasaje que lo confirma: “La meta no es fácil: identificarnos con Cristo. Pero tampoco es difícil, si vivimos como el Señor nos ha enseñado: si acudimos diariamente a su Palabra, si empapamos nuestra vida con la realidad sacramental –la Eucaristía– que Él nos ha dado por alimento” (ECP, 32).

Como se aprecia, el camino de la identificación con Cristo es el de la vida interior o, con otras palabras, el camino del amor y el conocimiento. El amor personal, en efecto, impulsa a quienes se aman a conocerse bien, buscando la mutua identificación de intenciones, afectos y actitudes. Así, análogamente, la identificación del cristiano con Cristo por amor, requiere buscar la intimidad de su trato en la Eucaristía: querer ser, con expresión de san Josemaría, “almas de Eucaristía”: “Vamos, pues, a pedir al Señor que nos conceda ser almas de Eucaristía, que nuestro trato personal con Él se exprese en alegría, en serenidad, en afán de justicia. Y facilitaremos a los demás la tarea de reconocer a Cristo, contribuiremos a ponerlo en la cumbre de todas las actividades humanas” (ECP, 156). No es necesario detenerse ahora en este importante tema, que se estudia en otras voces del *Diccionario*.

Y junto al trato eucarístico, el trato de la oración, de la meditación personal que busca conocer más hondamente al Señor: “Cuando se ama a una persona se desean saber hasta los más mínimos detalles de su existencia, de su carácter, para así identificarse con ella. Por eso hemos de

meditar la historia de Cristo, desde su nacimiento en un pesebre, hasta su muerte y su resurrección” (ECP, 107). “Fijaos con calma en el ejemplo del Maestro, y comprenderéis enseguida que disponemos de tema abundante para meditar durante toda la vida, para concretar propósitos sinceros de más generosidad. Porque, y no me perdáis de vista esta meta que hemos de alcanzar, cada uno de nosotros debe identificarse con Jesucristo, que –ya lo habéis oído– se hizo pobre por ti, por mí, y padeció, dándonos ejemplo, para que sigamos sus pisadas (cfr. 1 P 2, 21)” (AD, 111).

*d) La identificación con Cristo es inseparable de la referencia a la Cruz*

Recogíamos párrafos atrás unas palabras de san Josemaría de particular significado en el tema que estudiamos: “Tú has hecho, Señor, que yo entendiera que tener la Cruz es encontrar la felicidad, la alegría. Y la razón –lo veo con más claridad que nunca– es ésta: tener la Cruz es identificarse con Cristo, es ser Cristo, y, por eso, ser hijo de Dios” (citado en ARANDA, 2001, pp. 16). Es tal la fuerza y elocuencia de estas últimas palabras: “tener la Cruz es identificarse con Cristo”, que todo el apartado queda compendiado en ellas. No haría falta decir más.

La identificación con Cristo en la Cruz (con sus sentimientos, su entrega, su amor) es para san Josemaría el camino real, la vía regia de la vida cristiana: “Si no luchas, no me digas que intentas identificarte más con Cristo, conocerle, amarle. Cuando emprendemos el camino real de seguir a Cristo, de portarnos como hijos de Dios, no se nos oculta lo que nos aguarda: la Santa Cruz, que hemos de contemplar como el punto central donde se apoya nuestra esperanza de unirnos al Señor” (AD, 212).

La identificación con Cristo en la Cruz es también, en consecuencia, el camino de la humildad y alegría cristianas, que trazan el del cielo. Basten, como ejemplo, estos

dos textos: “Cuando sentimos el orgullo que barbota dentro de nosotros, la soberbia que nos hace pensar que somos superhombres, es el momento de decir que no, de decir que nuestro único triunfo ha de ser el de la humildad. Así nos identificaremos con Cristo en la Cruz, no molestos o inquietos o con mala gracia, sino alegres: porque esa alegría, en el olvido de sí mismo, es la mejor prueba de amor” (ECP, 19). “Para acompañar a Cristo en su Gloria, en el triunfo final, es necesario que participemos antes en su holocausto, y que nos identifiquemos con Él, muerto en el Calvario” (F, 1022).

e) *La identificación con Cristo es condición para ser instrumento eficaz al servicio de la Redención*

El cristiano, *alter Christus, ipse Christus*, a través de los dones recibidos y por su personal correspondencia es, como veíamos, sujeto de una semejanza participada en la filiación y misión de Cristo. Participa también, por tanto, en diversos modos, en la eficacia de la acción santificadora del Redentor. Quiere esto decir que la acción apostólica del *ipse Christus* –por estar realizada en Cristo y en el Espíritu Santo– es siempre de algún modo eficaz en el orden de la salvación. El cristiano, *ipse Christus*, en cuanto identificado con Cristo, es también, en Él, corredentor. Esa es justamente la idea expresada en el título del apartado.

En la enseñanza de san Josemaría tal idea se encuentra formulada de muchas maneras. En realidad, está siempre implícita o explícitamente presente cuando trata de la vocación cristiana, lo cual es muy frecuente en sus textos. Siendo la vocación cristiana una llamada a identificarse y a corredimir con Cristo (“La vocación cristiana, esta llamada personal del Señor, nos lleva a identificarnos con Él. Pero no hay que olvidar que Él ha venido a la tierra para redimir a todo el mundo”: AD, 256), es lógico que al exhortar a lo primero (identificación) impulse también san Josemaría

–y ruegue al Señor– a lo segundo (ser instrumento apostólico eficaz). “Señor, lléname de tu claridad, endiósame: que yo me identifique con tu Voluntad adorable, para convertirme en el instrumento que deseas” (S, 273). “Has de convencerte de que, para ser levadura, necesitas ser santo, luchar para identificarte con Él” (F, 397).

Identificarse con Cristo conlleva, pues, identificarse con sus ansias redentoras (cfr. ECP, 138), para realizar en la vida corriente y ordinaria –sin salir del lugar que cada uno tiene en el mundo– “esa misión sacerdotal que Él ha encomendado a todos sus discípulos sin excepción, que nos empuja a ser sal y luz del mundo” (ECP, 96).

#### 4. El modelo de María

Para poner punto final a esta síntesis de la enseñanza de san Josemaría en el tema central de la identificación (ontológica y espiritual) del cristiano con Cristo, no puede faltar una referencia a su identificación con el ejemplo de Santa María, en quien se refleja a la perfección la imagen del Salvador. Como en todo lo anterior, podrían ser citados muchos pasajes de las obras de san Josemaría, pero nos limitamos a transcribir uno, que incluye todo: la exhortación a identificarnos con María, el camino a seguir para conseguirlo y, en fin, la eficacia apostólica que se alcanza por esa vía: “Si nos identificamos con María, si imitamos sus virtudes, podremos lograr que Cristo nazca, por la gracia, en el alma de muchos que se identificarán con Él por la acción del Espíritu Santo. Si imitamos a María, de alguna manera participaremos en su maternidad espiritual. En silencio, como Nuestra Señora; sin que se note, casi sin palabras, con el testimonio íntegro y coherente de una conducta cristiana, con la generosidad de repetir sin cesar un *fiat* que se renueva como algo íntimo entre nosotros y Dios” (AD, 281).

*Voces relacionadas:* Contemplativos en medio del mundo; Dios Padre; Espíritu Santo; Filiación

divina; Infancia espiritual; Inhabitación trinitaria; Jesucristo; Sagrada Familia; Santidad; Trinidad Santísima; Unidad de vida; Vida ordinaria, Santificación de la.

**Bibliografía:** Antonio ARANDA, “*El bullir de la sangre de Cristo*”. *Estudio sobre el cristocentrismo del Beato Josemaría Escrivá*, Madrid, Rialp, 2001<sup>2</sup>; Id., “En torno al «alter Christus, ipse Christus» de S. Josemaría Escrivá”, en Tomás TRIGO, *Dar razón de la esperanza. Homenaje al Prof. Dr. José Luis Illanes*, Pamplona, Servicio de Publicaciones de la Universidad de Navarra, 2005, pp. 763-794; Id., *Identità cristiana. I fondamenti*, Roma, EDUSC, 2007; José Luis ILLANES, “El cristiano «alter Christus-ipse Christus». Sacerdocio común y sacerdocio ministerial en la enseñanza del beato Josemaría Escrivá de Balaguer”, en Gonzalo ARANDA - Claudio BASEVI - Juan CHAPA (eds.), *Biblia, exégesis y cultura. Estudios en honor del Prof. D. José María Casciaro*, Pamplona, EUNSA, 1994, pp. 605-622; Id., *Existencia cristiana y mundo. Jalones para una reflexión teológica sobre el Opus Dei*, Pamplona, EUNSA, 2003; Paul O’CALLAGHAN, “The Inseparability of Holiness and Apostolate. The Christian, «alter Christus, ipse Christus», in the Writings of Blessed Josemaría Escrivá”, *AnTh*, 16 (2002) 1, pp. 135-164; George PELL, “Blessed Josemaría Escrivá’s Christocentrism”, en *GVQ*, I, pp. 141-153; Giuseppe TANZELLA-NITTI, “*Perfectus Deus, perfectus homo*. Reflexiones sobre la ejemplaridad del misterio de la Encarnación del Verbo en las enseñanzas del beato Josemaría Escrivá”, *Romana. Boletín de la Prelatura de la Santa Cruz y Opus Dei*, 25 (1997), pp. 360-381.

Antonio ARANDA

## IGLESIA

1. La Iglesia, misterio de fe. 2. Propiedades de la Iglesia. 3. La Iglesia, Pueblo sacerdotal. 4. Los laicos y la misión de la Iglesia.

La comprensión de la Iglesia en san Josemaría se manifiesta en su predicación y escritos, pero también en su praxis pastoral y espiritual. Antes que una eclesiológica sistemática, ofrece una experiencia de fe vivida, testificada y comunicada. Como

toda predicación, la suya responde a circunstancias y objetivos determinados. Sus homilias actualizan la Palabra de Dios en orden a la conversión y al seguimiento del Señor. Algunas poseen un contenido eclesiológico directo, como *El gran Desconocido* (25-V-1969, ECP); *El fin sobrenatural de la Iglesia* (28-V-1972, AIG); *Lealtad a la Iglesia* (4-VI-1972, AIG); y *Sacerdote para la eternidad* (13-IV-1973, AIG); estas tres últimas homilias aparecen al inicio de la compleja década de los años setenta del siglo pasado, y recuerdan puntos principales de la enseñanza católica sobre la Iglesia y el ministerio sacerdotal. Importancia especial posee la homilía *Amar al mundo apasionadamente* (CONV, 113-123), que ofrece unas coordenadas para la existencia cristiana en el mundo. Con frecuencia aparecen formulaciones clarificadoras de la fe católica, como la misión de la Iglesia o su dimensión jerárquica; o la existencia y sentido del sacerdocio ministerial; junto con esos resúmenes catequéticos, se encuentran sembradas aquí y allá afirmaciones que implican presupuestos y consecuencias teológicas de gran alcance. Los textos de carácter *pastoral-espiritual* (C, S y F) contienen consejos surgidos de su experiencia de la Iglesia como *habitat* de la vida cristiana (cfr. RODRÍGUEZ, 2004, p. 200). Otros escritos ofrecen orientaciones para la recepción de la enseñanza eclesiológica del Concilio Vaticano II, como la entrevista “Espontaneidad y pluralismo en el Pueblo de Dios” (CONV, 1-23). En la diversidad de géneros y destinatarios san Josemaría transmite un vivo *sensus Ecclesiae*, amor a la Iglesia, y una intensa conciencia de la grandeza de la vocación en Cristo (cfr. AIG, pp. 25-26, 37, 56-57; DEGENHARDT, 2002, pp. 91-104; DEL PORTILLO, AIG, pp. 99-125; BURKE, 1981, pp. 691-701).

### 1. La Iglesia, misterio de fe

Para san Josemaría, la Iglesia es el misterio de vida del Dios Trino, que ha irrumpido en la historia para que los hom-

## **Aviso de Copyright**

Cada una de las voces que se ofrecen en esta Biblioteca Virtual forma parte del *Diccionario de San Josemaría Escrivá de Balaguer* y son propiedad de la Editorial Monte Carmelo, estando protegidas por las leyes de derecho de autor.